

D. CECILIO ACOSTA.

D. CECILIO ACOSTA.

D. CECILIO ACOSTA.

LA CASITA BLANCA

EN UN ALBUM.

¡Luzcan tus tardes de zafir y grana;
Rosal disfrutes de tu mano injerto;
Goces, en medio á perfumado huerto,
Las auras frescas de gentil mañana!

¡No insomnios turben tu tranquilo sueño;
No sombra empañe tus ensueños de oro,
De esos que saben hasta el alma coro,
Ó infiltran en la sien dulce beleño!

¡Palomas bajen á picar tu suelo,
Que al lado esté de tu casita blanca,
Y á poco veas que su vuelo arranca
La turba inquieta hacia el azul del cielo!

¡Mires cual sitio de encantada Ninfa
Tersa laguna cual á veces vemos,
Y ánsares niveos de pintados remos
Cortando lentos la argentada linfa!

D. CECILIO ACOSTA.

LA CASITA BLANCA.

EN UN ALBUM.

¡Luzcan tus tardes de zafir y grana;
Rosal disfrutes de tu mano injerto;
Goces, en medio á perfumado huerto,
Las auras frescas de gentil mañana!

¡No insomnios turben tu tranquilo sueño;
No sombra empañe tus ensueños de oro,
De esos que suben hasta el alma coro,
Ó infiltran en la sien dulce beleño!

¡Palomas bajen á picar tu suelo,
Que al lado esté de tu casita blanca,
Y á poco veas que su vuelo arranca
La turba inquieta hacia el azul del cielo!

¡Mires cual sitio de encantada Ninfa
Tersa laguna cual á veces vemos,
Y ánsares niveos de pintados remos
Cortando lentos la argentada linfa!

¡Haya no lejos alfombrada loma,
Que se alce apenas á la tierra llana,
Y allí subas á ver cada mañana
Si el alba ríe, ó cuándo el sol asoma!

¡Haya manto de verde y de rocío
En el momento que los campos dora
La pura luz de la rosada aurora;
Y en calle de naranjos que va al río,

Y se abre al pie de la felpuda falda,
Césped encuentres para muelle alfombra,
Follaje rico para fresca sombra;
Y fruta en que el color es de oro y gualda!

¡Á un lado esté la vega; el campo raso;
Los ya formados sulcos por la reja;
El último que traza y detrás deja
La tarda yunta en perezoso paso;

Y montado en el sauce culminante
El canario gentil ser rey presuma,
Y, ajustando la de oro regia pluma,
Á vista de su imperio gloria cante!

¡La partida de caza vocinglera
La quinta deje al despuntar el día;
Ágil salga y festiva la jauría,
Atraviése del valle á la ladera,

Recorra sin ser vista la cañada,
Y tras de trasmontar los altos cerros,
Saltando observes los pintados perros,
Entre alegres ladridos, la quebrada;

Y después de subir agrio repecho,
De la cima en los altos miradores,
Divisen los cansados cazadores
Alzarse el humo del pajizo techo!

¡Al terminar el día, el afán duro
Del campo cese, que el vigor enerva;
Llegue buscando la feliz caterva
Descanso en el hogar libre y seguro!

¡La parda luz de la tranquila tarde
Apague de la noche al fin el velo;
Á poco luzca en el remoto cielo
De las estrellas el vistoso alarde!

¡Y mientras el aura entre las hojas suena,
Haya para el placer bebida helada,
En barros de primor blanca cuajada,
Y en medio á bromas mil rústica cena!

¡Cerca esté del cortijo la vacada
Que á las veces se sienta estar bramando,
Y al tiempo del ordeño, en eco blando,
Se queje la paloma en la hondonada!

¡Venga en *totuma* con su pie de plata
La blanca leche á rebosar la artesa,
Que el aire luego con su soplo espesa,
Temblar haciendo la movible nata!

¡Que el ave matinal tus pasos siga,
Vuele confiada á tu graciosa mano,
Y allí pique atrevida el rubio grano
Que tú propia tomaste de la espiga!

¡Que tengas frutas que en sazón maduren,
Y vayas con tu cesta á recogerlas;
Que tengas fuentes que salpiquen perlas;
Que tengas auras que al pasar murmuren!

¡Murmuren cantos bellos, celestiales,
Que sirvan á borrar fieras congojas,
De esos que forman al temblar las hojas,
Ó el arroyo al mover de sus cristales!

¡Ante el altar que en sacras llamas arde,
Por ti tu madre su oración eleve,
Que grato Dios hasta su trono lleve;
Y Él mismo en urna misteriosa guarde!

¡No la mfa separes de tu historia;
No mis deseos más te sean ignotos;
Ni olvides nunca mis fervientes votos,
Ni me apartes jamás de tu memoria!

LA GOTA DE ROCÍO.

POESÍA DEDICADA Á MI DISTINGUIDO AMIGO Y SABIO COLEGA
DON MIGUEL ANTONIO CARO.

«No hay brillo como el mío»,
Dijo ufana la gota de rocío,
Al verse aclamar bella
En medio al campo en que el ornato es ella;
«Ni quien cual yo, galana,
Sea orgullo y primor de la mañana.
En globo pequeñuelo,
Sobre hoja que ya dora
La prima luz de la rosada aurora,
Soy breve suma del fulgor del cielo,
Que, en vastos horizontes,
Se ve en valles lucir, y se ve en montes;
Y soy también, para mayor decoro
De mi almo origen y mi cuna de oro,
Delicado vapor que en ondas sube,
Llega tal vez á la flotante nube,
Tal vez inestable de la altura baja,
Y en el aire suspenso en perla cuaja.
Bordo á veces las flores,
Para de ellas beberme los colores,
Y en formas mil distintas,

Cada cual de por sí fijable apena
En el mudar de la movible escena,
Del iris tomo las variadas tintas.
El aura me regala
Con los aromas que el verjel exhala,
Y, por verme temblar, con ala leve
Jugando me conmueve.
Yo nazco con el día,
Tengo palacio en la arboleda umbria,
Y en aguas bellas de matiz cambiante,
Ya semejo al cristal, y ya al diamante.»
Así la gota en su discurso ciego,
Á tiempo que de ráfaga impelida,
De la hoja desprendida,
Llegó á caer y disiparse luego.
Tal vi una vez en mi jardín acaso;
Y prueba así este caso.
Que el mundano esplendor es de un momento,
La vida nada, y el orgullo viento.

EL VÉSPERO.

Á MI SOBRINA LA SEÑORITA SOLEDAD ACOSTA ORTIZ, EN SU ALBUM

En flamígero carro
Que en ejes lude en que restalla el fuego,
Y con vivo esplendor al orbe inunda,
Baja cual rey el sol, y cuando luego,
Entre torrentes de su luz fecunda,
El áureo curso acaba,
Aun le quedan reflejos,
Morir queriendo con real decoro,
Para lucir de lejos
Y pintar cada varia, nivea nube,
Cuya belleza así realza y sube,
Con franjas de carmín y rosas de oro;

Hasta que al cabo en el supremo instante,
Ya vestido de púrpura esplendente,
Despidese el gigante
Y en el mar se sepulta de Occidente.

No hay ya en el horizonte
El variado matiz ni el colorido
Con que dora la luz el arduo monte;
Sólo pálidas quedan blancas huellas
De un fulgor que ya es ido,
Y con silencio santo
Se extiende luego el azulado manto,
Descubridor del mundo y las estrellas.
Este casto color que nadie nombra,
Por lo indeciso y vago,
Sino con formas de expresión distintas,
La ausencia muestra de vivaces tintas,
La lucha de la luz y de la sombra.
Baja la calma al suelo,
En lo alto reina la tranquila tarde;
Y en el azul del cielo,
Cual diamante engastado, Venus arde.

¡Oh Véspero inmortal! ¿Quién confidente
De secretos te hizo
Y amorosas querellas,
Sagrada para ti la menor de ellas?
Si acaso llama ardiente
De afecto bien sentido y mal pagado,
El ambicioso corazón calcina,
Tú arrancas al dolor la aguda espina,
Derramas miel en la doliente alma,
Y con callada voz que habla de lejos,
Envías tus consejos
Y restituyes la perdida calma.
¡Qué de veces también logré la mía
Contigo hablando!..... Enfurecido el viento,
Sin velamen, sin jarcias y aun sin rumbo
La nave en medio del fragor crujía,

Yendo de tumbo en tumbo,
Y negra noche y negras brumas solas
Eran fúnebre palio de las olas
En el piélago inmenso: tal la imagen,
Tal fué el horrible temporal deshecho
Que una vez contrastó mi flébil pecho.
Y así de triste estaba,
Tanta era mi amargura,
Que alzando el ruego á la sublime altura,
Transido de dolor, por paz clamaba.
Y la hallé al fin en tu benigno influjo
Y en los suaves destellos de tu disco,
Que semeja en su luz á toda hora
La mirada de un ángel cuando adora.
Te vi tranquilo en el confin remoto,
Después de cien borrascas siempre inmoto,
Y al notar tu valor y paz serena,
Disiparse sentí mi amarga pena.
No me olvides jamás, ástro divino,
Sé propicio á mi suerte;
Y cuando venga el viento airado, fuerte,
Á torcer en los mares mi camino,
Sé el piloto en mi rumbo y mi destino.